



COLONIAS ESCOLARES

XVII DÍA DEL PÍNFANO | 2022

Autor: Tomás Gamero García

En verano nos daban la oportunidad de ir a las llamadas «Colonias».

Eran en el mes de Julio. Mi madre, que no andaba bien de dinero como casi todas las familias de huérfanos, me mandaba esos días de vacaciones y así ahorrraba un poquito para lo que aún quedaba de verano.

—¡Ya verás qué bien lo vas a pasar! —Me decía convencida de que era lo mejor para mí. Yo no quería.

En Aranjuez me lo pasaba de maravilla. Todo el día fuera de casa. Desayunaba y ¡a la calle! Subía a los árboles, cazaba ranas, renacuajos, me bañaba en el río. ¡Ay! Si mi madre se hubiera enterado. Enseguida se echaba mano a la zapatilla y tú ¡a correr! Menos mal que nunca lo supo. Bueno no sé si de mayor se lo conté, pero ya no había peligro de «zapatillazo».

—¿Pamplona o Fuengirola ?. Creo que mejor Pamplona, no vaya a ser que te pase algo en el mar. Me quedo más tranquila. Pues a Pamplona, No la conocía.

El colegio era grande, muy grande. Con ventanales altos y rejas negras y gordas. Era muy diferente a Las Mercedes, que es pequeñito y acogedor.

Enfrente estaba la muralla. Dentro de ella compartimentos con grandes puertas de madera. Todas las mañanas los operarios las abrían y sacaban los utensilios de limpieza. Me llamó la atención los carros con escobas que arrastraban a mano y a juzgar por los gestos de los barrenderos deberían pesar una barbaridad.

—¡Arriba gandules! Gritaba y palmeaba sor Luisa.

—Vamos, Juan —dije a mi amigo.

—¡Tengo sueño!

Yo, que llevaba un buen rato despierto viendo los acontecimientos de la muralla me eché a reír y le pegué un buen empujón. Nos mandaron poner las zapatillas de plástico.

—¡Eso es que vamos al río!

—¡A desayunar! Hoy solo leche y galletas. Los bocadillos los comeremos en el río.

—¡ A formar filas! ¡Venga! De dos en dos.

Era lo que peor llevaba. Siempre en fila. Menos mal que Juan y yo íbamos a nuestro aire, lo que nos valía alguna regañina de sor Luisa que en eso era muy estricta.

El río no estaba cerca precisamente. Había un buen paseo, pero lo hacíamos con alegría y cantando. La mañana era espléndida. Hacía un sol radiante y presentía que lo iba a pasar de maravilla. Los trinos de los pájaros animaban el ambiente y un olor a fresco se diluía por todo. Los cantos sonaban cada vez más altos y claros. «Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña y como veía que no se caía fueron a llamar a otro elefante»... y así uno, dos, tres... A veces se paraba un coche grande y negro, como esos que salen en las películas. Se bajaba Don Ramón y nos daba caramelos y golosinas. Nos animaba a seguir cantando y tener mucho cuidado al bañarnos. Llegamos

—No, no, nada de ponerse a jugar —dijo la Madre—. Primero la gimnasia.

Otra vez a hacer filas. Tengo delante la foto vestidos con un bañador de dos piezas y con los brazos en alto. Estábamos apáticos, lentos, la Madre no conseguía nuestra atención, así que enseguida nos metimos en el agua. Después partido de fútbol para «hacer gana», como decía sor Luisa. Los bocadillos casi siempre eran de mortadela, pero a mí me sabía a gloria.

A la vuelta descanso y la comida. Después la siesta que era sagrada y aprovechábamos para las peleas de almohadas, hasta que aparecía alguna madre y nos obligaba a tirarnos en la cama. De merienda pan con chocolate terroso que era una maravilla, dulce, dulce.

Por las tardes nos llevaban a un parque muy grande y muy verde. Había una montaña y nos tirábamos rodando.

—¡Voooooy! —Avisé a todos. A Juan no se le ocurre otra cosa que tirar una piedra rodando por la pendiente. Cuando llegué abajo y levanté la cabeza me la encontré de lleno en la frente haciéndome un corte considerable.

—¡Han «escalabrao» a Antonio —empezaron a gritar. Me levanté como pude, asustado por la sangre. Al hospital y unos cuantos puntos.

Aún se me nota. A veces me toco la cicatriz y recuerdo cómo me la hice. Sonrío y pienso en lo feliz que era.

No descuidábamos los estudios. Nos daba clase sor María que no nos dejaba ni movernos.

—Hay que prepararse bien que el año que viene tenéis el Ingreso y es complicado.

Todas las tardes dos horas de trabajo. Dictados, cuentas, problemas.

También geografía e historia. Mares, ríos, cabos, los Reyes Godos.... aún los recuerdo. ¡Ay! La tan denostada enseñanza memorística ¡qué bien nos vino en aquella época!

Y más cuentas y más dictados...

Si tenéis tres faltas ya no os siguen corrigiendo. Y las cuentas todas bien. Suma, resta, multiplicación y división de tres cifras con prueba.

—Pues sí que es complicado —me comentó Juan.

—Bueno, bueno. Eso será el curso que viene.

Algunas tardes nos llevaban de paseo por la ciudad. Hasta ahora solo conocíamos el camino al río, así que nos alegramos mucho , esta vez sí, cuando nos mandaron hacer filas.

—Juan, ya sabes lo que tenemos que hacer.

—¡Estás loco Antonio! Nos van a pillar

—¡Qué no! ¡Ya verás lo bien que lo pasamos!

El plan era salirnos de la fila cuando no nos viera sor Luisa y darnos un paseíto por la ciudad a nuestro aire, sin ir en la maldita fila.

Como siempre íbamos de dos en dos y cantando. Las calles me parecían todas iguales y me aburría.

—Vamos, vamos Juan.

Me pegó un estirón y me sacó de la fila.

—¡Cómo nos pillen! ¡Nos la cargamos!

Empezamos a recorrer la muralla, pero subiéndonos arriba. ¡Menuda diferencia! Era una maravilla poder correr por ella sin que te dijeran nada. Nos bajamos y seguimos por una calle estrecha llena de bares y de gente. Nos miramos asustados pero seguimos hasta llegar a una plaza muy grande.

—Ven, vamos a tomar un helado. Tengo dinero.

Yo me pedí un cucurucho de fresa que me lo comí poquito a poco, para que me durara más.

—¡Qué diferencia con esos de hielos con líquido dulce que estamos acostumbrados a tomar en las ferias!

—¡Lástima qué no haya algodón!... No podía ser todo...

—Y esa parroquia ¡Qué alta!... Y ahí acabó todo.

—¡Me hace daño! ¡Déjeme!

—¡Ven aquí diablillo!

Un policía tiraba de nosotros y de verdad que me hacía daño. Me puso las orejas de soplillo.

—Eso os pasa por escaparos del colegio. Ahora las Madres os dirán una cuantas cositas.

Éramos la comidilla de todo el grupo. Y ¡los héroes! No paraban de preguntarnos qué habíamos hecho y dónde habíamos estado. Nos creíamos importantes, pero las consecuencias iban a ser terribles.

—¿Y si os hubiese pasado algo? ¡Menuda trastada y gorda! Ahora a decírselo a vuestras madres y esperemos que no acabe en expulsión.

Consecuencias. No hubo expulsión, pero no volvimos a salir a la calle hasta que terminaron las colonias. Aburrimiento total.

Recapacitando de mayor reconozco que fue una chiquillada sin mala intención pero que pudo haber acabado mal. Me arrepiento.

Llegó Octubre y comienzo de curso.

—Juan ¡Qué alegría! ¿Cómo te ha ido? Bien, por decir algo. Todo el verano castigado sin salir de casa y con deberes todos los días. ¡No sé cuántos libros me he leído!

—¡Anda! Casi lo mismo que yo. Encerrado en casa. Aparte de deberes también tenía que ayudar a mi madre en las tareas de la casa. Mis mejores amigos han sido la escoba, el cubo y la bayeta. ¡Ah! Y hacer los recados.

—Ahora no se nos ocurrirá darnos un paseíto por Madrid...

—¡Que no, que no! Siempre en fila allá dónde vayamos.

Y nos faltó tiempo para salir al patio a jugar al fútbol.